



3 1761 06780206 6

Jiménez, Juan Ramón
Elegías puras y lamentables

PQ
6619
I4E4



LOS POETAS

Biblioteca de grandes poetas clásicos y modernos

JUAN RAMÓN JIMENEZ

ELEGIAS PURAS — Y — LAMENTABLES

Vol. 51



EDITORIAL CLARIDAD



(SOCIEDAD DE PUBLICACIONES)

Empresa editora de: LOS PENSADORES - BIBLIOTECA CIENTIFICA
CLASICOS DEL AMOR - LOS NUEVOS - BIBLIOTECA COSMOS
TEATRO NUEVO - LOS POETAS - LA NOVELA LITERARIA
LOS CONTEMPORANEOS - NOVELAS DE AVENTURAS

DIRECCION POSTAL: CASILLA DE CORREO 736

Director: **ANTONIO ZAMORA**

DIRECCION POSTAL: CASILLA DE CORREO 736

ADMINISTRACION: INDEPENDENCIA 3581

BUENOS AIRES

La próxima reedición de los volúmenes agotados será la de:

El Canto Errante

— DE —

RUBEN DARIO

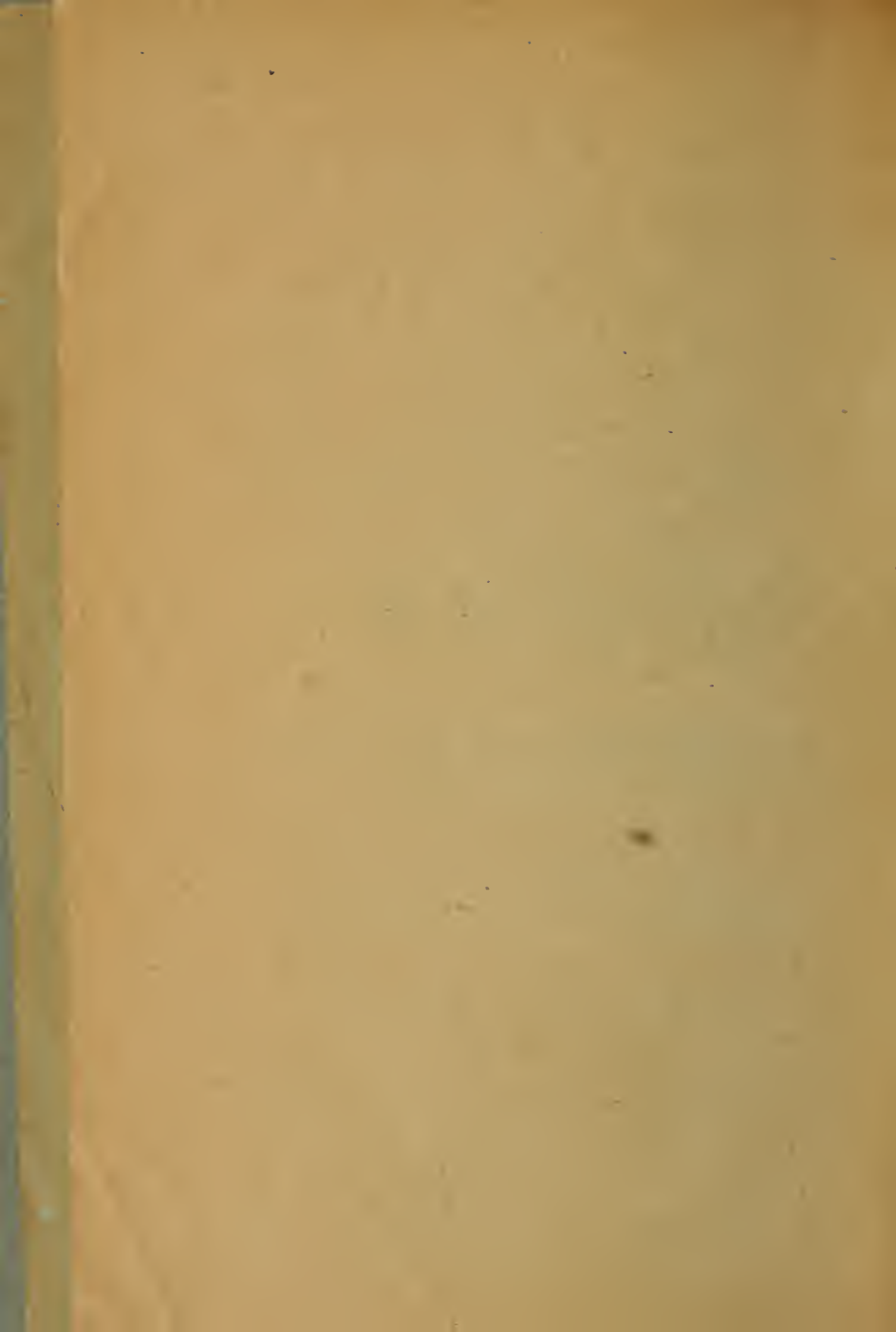
Se pondrá en venta el
martes 11 del corriente

les-

ELEGIAS PURAS

— Y —

LAMENTABLES



JUAN RAMON JIMENEZ

ELEGIAS PURAS
Y
LAMENTABLES



LOS POETAS

PQ
6619
I4E4

ELEGIAS PURAS

I

Dulces rosas de olor, que entre la hiedra verde
dais a la noche azul vuestra mustia elegancia;
cual la vuestra, la esencia de mi vida se pierde
en una noche triste de brisa y de fragancia...

Si la estrella no fuera de una plata tan dura,
si no fuera la tumba de una nieve tan fuerte,
y vuestro olor ¡oh, rosas! floreciera en la altura
y tu olor ¡oh, alma mía! diera vida a mi muerte!

II

Collado mustio, ¿sientes frente al sol amarillo
la nostalgia de oro de una lírica aurora,
tú que tienes por alma un pájaro y un brillo,
una hierba que sueña y un ruiseñor que llora?

Bajo tu cielo azul eran las golodrinas,
las naves blancas iban en ti por su bonanza,
y hoy tus aguas paradas reflejan en ruinas
las que ayer fueron torres de ilusión y esperanza!

III

El sol entra en mi vida por la ventana abierta,
de modo que el rosal se ilumina de flores;
y las rosas de oro, en la casa desierta,
cantan no sé qué angélicas sonatinas de amores.

La tristeza romántica del poniente de oro
va resbalando sobre el río vespertino...
Yo, al acordarme de ella, me desespero y lloro
una rosa y un oro, lo alegre y lo divino!

IV

¡Oh, rosas, que en la sombra del muro abandonado,
volvéis a abrir, llorando, vuestras sangrientas hojas,
volvéos a abrir en mi corazón arruinado,
aunque os abráis de llanto, aunque os abráis de rojas!

La fragancia hace dulce la sombra, y yo he perdido
aquella claridad que me embelleció un día...
una rosa a mi alma es un beso al olvido,
rosas, sed galardón de mi melancolía!

Rosas de sangre, rosas de llanto, pero rosas
que evoquen, corazón, tu doliente realeza...
la ilusión tornará, como las mariposas,
y me perfumaré mi lúgubre belleza!

V

El paisaje se va de aquí hacia allá, en la bruma;
el río se hace fronda, el valle se hace monte,
la primavera rosa de la tarde se esfuma
y es un otoño pálido de cerrado horizonte.

Oh, corazón sin rosas! si un jirón te prendiese
y fueras monte en valle y fueras fronda en río,
y tu otoño de sangre y de lágrimas fuese
sólo una primavera velada por el frío!

VI

¡Oh, plenitud de oro! encanto verde y lleno
de pájaros, arroyo de azul, cristal y risa!
oh, soledad sonora! mi corazón sereno
se abre, como un tesoro, al soplo de tu brisa.

Y esta amargura eterna de un amor sin amores,
este desdén de todo, de la risa y del duelo,
y la realeza triste de este orgullo con flores,
en ti, oh campo! se hacen tan grandes como el cielo!

VII

Esta cristalería celeste y este oro
de la luz de las casas, ¿qué dicen a mi vida?
Las rosas de la tarde oyen, rezando, el coro
de los ángeles. Angelus! Mi madre está dormida...

En el piano, antiguo amigo del poeta,
sueñan no sé qué rondas de músicas lejanas...
Pena... Me duele el alma de esta bruma violeta
con cristales y oro, con flores y campanas.

VIII

La tristeza amarilla del sol mustia su lumbre
sobre la hoja que sueña, sobre la flor que arde...
un ruiseñor medita sobre la podredumbre,
voz de agua y de cristal que embellece la tarde...

Cementerio de oro! yo que siento mi vida
inclinarse hacia ti, como un sauce hacia un río,
no podré contener la sangre de mi herida
entre este regocijo dorado del estío?

Ya que tengo mi alma clara como tu brisa
para el sol, para el valle, para el mar, para el cielo,
he de guardar debajo de tierra esta sonrisa
compleja y pura, hecha de alegría y de duelo?

IX

Llueve cual para un cielo gris con dulzores de oro...
Rosas blancas y rosas entre verdores tristes...
Ciudad de mis otoños, por tu jardín yo lloro
y tú, bajo el crepúsculo romántico ,no existes!

Qué lluvia azul de plata sobre las pobres rosas!
un libro y un amigo, la lámpara y el piano...
y oh, muerte que no pones en estas otras cosas
la sombra de tus ojos y el hielo de tu mano!

X

No sé si aun yerra una rosa de la tarde, en la frente
de las torres; lo azul envuelve ya a la vida...
mas, como un pensamiento, quedará aún en la mente
de la piedra una música romántica y florida?

Oh, primavera blanca de la noche, perfume
de ruina, leyenda de sueños de colores!
hoguera en que el encanto del mundo se consume
en un hervor de aguas, de estrellas y de flores!

XI

Sol que me inundas todo de tu esplendor dorado,
tú que eres de cristal, de flor y de armonía,
luz que vienes del mar, paz que vienes del prado,
son que vienes del viento, puñal de mi alegría!

Que de tu paz de oro se tiña la aureola
que resplandezca sobre mi lúgubre fortuna,
que tu lumbre de música, de fragancia y de ola
duerma en el fondo de la plata de mi luna.

Que seas y que luzcas, pero que tu belleza
esté en mí como está en la noche de mayo:
una ilusión de aurora que encante la tristeza,
sin carmín, sin ruido, sin hervor y sin rayo.

XII

En el cielo rosado están rojas las rosas,
y, sobre la verdura de mi jardín sonoro,
cae el ángelus triste, lleno de temerosas
alas, de lirios blancos y de estrellas de oro.

Y es tan dulce el recuerdo de todo lo doliente,
a la obscura humedad de los verdes profanos,
que mis ojos se ponen azules, y mi frente
se hunde, llena de lágrimas, en la paz de mis manos.

XIII

Oh, tanto sol!, oh, tanto día celeste y claro!
mis rosas melancólicas se mueren de tristeza;
oh, pálido septiembre, cuándo tu sol avaro
decorará de un oro de plata mi belleza!

Recorreré las sendas dolientes de la vida
con una hoja dorada entre mis labios rojos;
todo estará con lágrimas y luz de despedida,
habrá paz en mi alma y armonía en mis ojos.

XIV

La humedad del jardín me refresca la pena
y mi ilusión se va por entre dulces rosas...
Temblor y frío. Tierra mojada. Sombra llena
de tierra y sombra. Flores de otoño. Olor a cosas
idas...

Ay! juventud mate, blanca y helada,
sin una boca roja que te siembre de amores!
... La noche va cayendo... y la tierra mojada
ahoga, a las estrellas, la esencia de las flores...

XV

La luna da a los campos su calma de cristal,
de modo que en la blanca tristeza de la senda
hay como una ilusión de luz primaveral
florida con tal magia, que no hay quien lo com-
[prenda...

La esperanza no existe, los recuerdos son viejos,
el corazón parece que late en el olvido,
las almas que nos quieren están todas muy lejos,
el amor inmortal no ha venido... o se ha ido...

La ciudad, en el valle, azula su blancura,
y el sol y las palabras se alejan de tal suerte,
que el alma no ve el cuerpo y yerra alegre y pura
como si ya estuviera volando por la muerte...

XVI

Amo el paisaje verde por el lado del río...
El sol, entra la fronda, ilusiona el poniente;
y, sobre flores de oro, el pensamiento mío,
crepúsculo del alma, se va con la corriente.

Al mar? al cielo? al mundo? Qué sé yo... Las
[estrellas
suelen bajar al agua, traídas por la brisa;
el ruiseñor medita... Las penas son más bellas,
y sobre la tristeza florece la sonrisa.

XVII

Dejadme en el jardín fragante, porque quiero
ver el sol en el agua blanca de mariposas;
pues si esta tarde de oro pasa el frío y me muero,
me llevaré mi alma toda llena de rosas...

Ahora que están mis ojos llenos de luz florida,
por Dios, dejadme solo; mi carne es poco fuerte;
quiero oír lo que dice la brisa de la vida
y tan poco jardín de la vida a la muerte...

XVIII

Tú pones en la senda tu llorar amarillo
y, aunque el cielo es azul y alegre, no lo pierdes...
oh, sol! qué brillo tienes, qué tristeza, qué brillo
tan de pena de enfermo sobre los campos verdes!

De qué es, sol, tu tristeza? qué nostalgias amargas
te dejan así, mustio, con aire de elegía?
son esas brisas tristes, son esas sombra largas
que haces tender a todo sobre la pradería?

El sol sufre. La tarde tiene una pena errante
sobre el jardín antiguo. Allá por la montaña
hay nubes suntuosas de oro y de diamante
que evocan viejas glorias ramánticas de España.

Tras la fronda parece que canta el mar sonoro...
será el campo amarillo y yermo de Castilla;
pero en el aire azul hay un brillar de oro
como el del aire en los jardines de la orilla
del mar.

Pasan los pájaros negros sobre el celeste
del cielo puro, negros sobre la pradería...
...mas, sol triste, qué brillo melancólico es este
que te pones así, mustio, con aire de elegía?

XIX

Hoy ha estado en mi alma la perfumada brisa
de aquesta rosadora y dulce primavera;
fué como en un ciprés un pájaro de risa,
como una mariposa en una calavera.

Y qué rumor has hecho, brisa, por mis dolores!
era como en un bosque con árboles de espanto,
al frescor de tu paso no se abrían las flores,
el carmín era ságre y el rocío era llanto.

XX

Sobre la obscuridad de mi noche de llanto
el cielo es un inmenso resplandor verde y plata;
el monte aleja todos sus árboles de espanto,
el agua da a la luna su dulce serenata.

Todo convida al éxtasis; la queja diamantina
que envuelve entre cristales las rosas de mi duelo,
el bosque paternal y la estrella divina
que da a la carne negra esta idea del cielo!

XXI

Abandona, poeta, la loca pandereta
y el tambor, que te han dado tanto alegre estribillo...
mira, el otoño piensa su elegía violeta
y aleja por el cielo un recuerdo amarillo.

Exalta la hoja seca, liba la poesía
de esa lumbre doliente que en la tarde persiste;
y que el lamento sea a tu melancolía
lo que el color de llanto al horizonte triste.

XXII

Oh, crepúsculo rosa!—El mar sueña, a lo lejos.—
Y, por esta arboleda de sol y de armonía,
voy románticamente, con mis recuerdos viejos,
a llorar a la sombra de la melancolía.

Una clásica fuente que endulzara las flores
y que la hiedra, hoy, decora tristemente,
me evoca, con sus ruinas, unos tristes amores
que fueron a mi alma cristal y flor de fuente...

Mientras los ruiseñores cantan, mientras la bruma
es, al sol de la tarde, un jardín perfumada
esta flor pensativa de mi alma perfuma
la soledad de tedio, de viudez y de olvido...

XXIII

Canta un ruiseñor.

Ruiseñor de la noche, qué lucero hecho trino,
qué rosa hecha armonía en tu garganta canta?
pájaro de la luna, de qué prado divino
es la fuente de oro que surte en tu garganta?

Es el raso del cielo lo que envuelve la urna
de tus joyas azules, temblorosas y bellas?
llora en tu pecho un dios? o a qué antigua y nocturna
primavera has robado tus aguas con estrellas?

XXIV

Desde este prado en flor, que el sol nimba de oro,
mi corazón se rompe hacia ti, tristemente;
la tarde va cayendo, el aire está sonoro,
una ilusión antigua palpita en el poniente...

Y como la amargura de mi herida me hace
inmenso y claro y de oro, como un mar sin consuelo,
yo me voy hacia ti en la noche que nace,
inflamado de sol, perfumado de cielo.

XXV

Oh, tú que fuiste arroyo, tú que cantaste tanto
en una primavera de pájaros y flores,
por qué pradera hiciste tu estribillo de llanto,
oh, tú, corazón lírico, agua de ruiseñores?

Arroyo, corazón, esclavo con cadenas
doradas, agua quieta de cristal mustio y hondo,
quién te enfrió lo azul, o qué cielo de penas
te dejó para siempre su ceniza en tu fondo?

XXVI

Jardín de primavera, qué tienen tus rosales
que hacen que yo solloce entre sueños lejanos,
que exhalan estas tristes fragancias celestiales
como si por las rosas estuvieran sus manos?

Era la tarde, cuando, bella como una rosa
blanca, bajaba al parque a acariciarlo todo,
a poner en el alma de luz de cada cosa
la gracia melancólica de su doliente modo...

Y su caricia era de tan fresca elegancia
que todo le prestaba su olor en la arboleda;
así ella estaba siempre cargada de fragancia
y estelaba la estancia de perfume y de seda...

Hoy, cuando nada blanco ni nada dulce encuentro
entre esto blanco y dulce que miro suspirando,
parece que estas rosas de nieve tienen dentro
unos ojos azules que me miran llorando.



XXVII

Cómo se abre ante ti mi corazón, que pierde
poco a poco su sangre, sus rosas, sus amores!
tú siempre me respondes, naturaleza verde
toda llena de sol, de pájaros y flores!

Oh, campo! oh, lecho puro! oh, brisa estremecida
oh, cielo azul y blanco! oh, mágica pradera!
yo bien quisiera echar el peso de mi vida
sobre vuestra dorada y eterna primavera!

XXVIII

Sol alegre y florido, que tornas de un oriente
carnal y azul y rosa, esta triste mañana,
yo te he visto nacer encantado y riente
desde el rosal en hojas y en flor de mi ventana!

Hoy que las alas faltan a mi doliente paso,
hoy que no siento el agua de la fuente cantora,
tú no puedes borrar la sombra del ocaso
con el cristal de oro de tu oriental aurora!

XXIX

Tú, dorador romántico de las quimeras blancas,
oh, tú, sol de la tarde, que en este muro brillas,
de qué jardín de ocaso, y en qué rosal, arrancas
ese esplendor lejano de rosas amarillas?

Cristal de plata y oro del agua de este prado,
fruto de sangre y fuego del chopo de oropeles,
desgarra con un rayo de ensueño mi costado
y que mi corazón llore en sus cascabeles!

Haz llama mi ceniza; mi ruina, tesoro;
cual por una avenida, vete por mi memoria...
la mariposa negra házmela estrella de oro,
la espina que me dores, tórnamelas ilusoria!

XXX

Entre la enredadera de cálices azules
filtra la luna un rayo de oro y de tristeza;
la guirnalda de aroma, de cristal y de tules
brilla, pálidamente, sobre mi realeza.

Tengo en el corazón un jardín como este
con un preludio lírico de brisas y luceros,
un agua perfumada bajo un cielo celeste,
una quietud de oro y un huir de senderos...

XXXI

La tarde es un silencio hecho de valle y bruma...
Sobre las hojas secas camino, paso a paso,
mientras tiembla el lucero y el paisaje se esfuma
extasiado en la lira de oro del ocaso.

El cénit se ilumina de pálidos rosales,
el agua está dorada, canta en la sombra un grillo...
mis ojos se me van tras dos pájaros reales
que pasan y se pierden en el cielo amarillo.

XXXII

Melancolía, fuente de hilo eterno de plata,
qué corazón de lágrimas te surte? entre qué flores
perpetuas te renuevas, cristal mustio, sonata
de la sombra, garganta de antiguos ruisseñores?

Hilo que ardes al sol, que sueñas a la luna,
que has trueno en el viento y en la brisa haces canto
—fuego, ensueño, lamento y copla sin fortuna...—
melancolía, fuente de hilo eterno de llanto!

XXXIII

La sombra de la tarde va apagando el jardín,
y toda mi esperanza se muere entre la sombra;
el oro de mi ocaso se ha puesto ya carmín;
mi boca está marchita; ni pide amor, ni nombra

a la ilusión que huye con todos los colores
por el camino blanco que mira mi ventana...
—Bajo mi corazón hay unas pobres flores
que esperan entre sueños el sol de la mañana!—

Parece que no hay nada, o que todo se ha ido...
no sé para qué intento soñar con otro día...
Quiera Dios que esta noche, cuando yo esté dormido,
corte la muerte el hilo de mi melancolía.

El oro de mi ocaso se ha puesto ya carmín,
no sé por qué ilusiono seguir en esta andanza...
mi vida está en la senda doliente del jardín
y en el jardín de hoy se ha muerto la esperanza!

Fin de "ELEGIAS PURAS"



ELEGIAS LAMENTABLES



I

En estas horas vagas que acercan a la noche
mi corazón se ahoga y sube hasta mis ojos...
da la oración, despierta Venus, pasa el coche
de las siete, hace frío... y allá en los cielos rojos

el mirador, el campanario, la palmera
me traen historias viejas que están ya sin sentido,
como si por la bruma de esta tarde yo fuera
pasando entre jardines, cual un niño dormido...

Y el coche va hacia el tren, y el tren solloza y
[lleva
hacia el mundo... hacia el mundo, si todavía existe!
y yo sueño, en mis sueños, con una patria nueva,
viajero de mis lágrimas, solo, exaltado y triste.

II

Esta espectral fijeza del sol en los verdores,
este soñar del agua llena de hojas caídas,
el vuelo de estas mariposas de colores
fúnebres, por las solitarias avenidas!

El nacer de una hierba enferma, por las piedras
de las ruinas, de las fuentes, de las fosas,
las paredes a norte, verdes de oscuras hiedras,
y la nostalgia perfumada de las rosas!

Un suspirar por algo encantado y distante,
por algo más que no se encuentra y que se ignora,
presentimientos tristes en cielos de diamante,
una mujer que olvida y un poeta que llora...

III

*Oh! garder à jamais l'heure élue
entre toutes. — SAMAIN.*

Traigo en el alma a Schumann, y el oro vespertino
ha encantado, en mi senda, el doliente paisaje...
Dejadme... yo no quiero agua, ni pan, ni vino,
ni ver a esas mujeres, ni mudarme de traje...

Lo eterno, en mí, está abierto como un tibio tesoro
y, sobre la amargura del miedo cotidiano,
llueve sus claridades de azul, de rosa, de oro,
florece lo extinguido y acerca lo lejano...

La luz inmarcesible que llevo dentro, arde
como una primavera de sueños de colores...
¡Ay! prolongar eternamente esta dulce tarde,
o morir ya, entre estas iluminadas flores!

IV

Blancura florecida de mi primer cariño,
al toque melancólico y dulce de diana!
...Qué celeste alegría daba a mi alma de niño
jardines orientales en aquella mañana?

Era la feria. Estaban los pálidos dolores
muertos entre el verdor de falsas primaveras;
todo andaba florido de risas y de flores,
el suelo era de juncias, el aire de banderas.

Y aquella suave noche azul, en aquel banco,
baio la tibia sombra de la acacia florida,
ella, cuando la luna daba su lino blanco,
dijo que me quería para toda la vida.

...¡Av! yo pasara todas mis penas nuevamente,
hasta las más oscuras, por ver una mañana
como aquella en que el sueño me floreció la frente
al toque melancólico y dulce de diana!

V

... como una ciudad de grana coronada de cristales... — ZORRILLÁ.

Sobre el silencio y la miseria del hombre, se levanta el crepúsculo lleno de idealidades... lleva florecimientos y nostalgias sin nombre de todos los países y todas las edades.

Ventanas de cien siglos se abren frente a su en-
[sueño,
antiguas carnes le alzan su extático tesoro,
y rueda, sobre el tedio de la angustia y del sueño,
el enorme rumor de su silencio de oro.

Las ciudades parecen — de púrpura y cristales — jardines momentáneos ¡y eternos! de otros mundos donde reina la diosa de los ojos fatales [dos que hace a los hombres, con su olor, meditabundos...

VI

*El poeta ve pasar, desde su asno, un
vuelo de pájaros de sol.*

Bandada que levantas, ebria de sol, tu vuelo
a la hora del crepúsculo, cuando los naranjales
entibian su verdura de oro, bajo el cielo
triste de grises y de rosas otoñales!

Entre tus alas negras se van mis alas blancas,
recién nacidas, con sed de luz y de espacios,
alas de un corazón descompuesto en las ancas
en que se quiebra todo el cristal de mis palacios!

Bandada negra, ¿a qué radiante primavera
vas a entrar? ¿a qué sol vas a cantar mañana,
mientras yo sigo enfrente de esta misma ribera,
mirando este camino, oyendo esta campana?

VII

Sobre la calle en sol de siesta y de verano,
calle sola y con hierba de la ciudad atlántica,
en el aire del mar, llora un triste piano
una canción criolla, plañidera y romántica...

En el ocaso hay dorados espejismos,
los miradores abren sus fiestas de cristales...
vienen de un jardín verde, de cálidos lirismos,
esencias penetrantes de flores estivales...

Las vísperas. El agua blanca brilla a lo lejos...
la vida es toda amor... en las hondas moradas
duermen, soñando, los enfermos y los viejos,
con sexos negros y con bocas encarnadas...

VIII

Entre la hierba rota del verde cementerio,
caeré, violeta y blanco, en la mojada fosa,
mientras, en un poniente de ilusión y misterio,
muera, sobre los campos, alguna nube rosa...

¡Caeré pensando en ti, paraíso de alegría,
carne de aroma sano y de lazos ardientes,
mujer fuerte y morena, que verás todavía
tanta fiesta de rosas en los dulces ponientes!

IX

¡Oh, triste coche viejo, que en mi memoria ruedas!
¡pueblo que en un recodo de mi alma te pierdes!
¡lágrima de la albada, lucero que te quedas
temblando, en la colina, sobre los campos verdes!

Estaba verde el cielo, despertaba el camino
fresco y fragante del encanto de la hora,
cantaba un ruiseñor despierto y el molino
rumiaba un son eterno, rosa frente a la aurora...

Y en el alma un recuerdo, una lágrima, una
mano alzando un visillo blanco al pasar un coche...
la calle de la víspera, azul bajo la luna
solitaria, los besos de la última noche...

¡Oh, triste coche viejo, que en mi memoria ruedas!
¡pueblo que en un recodo de mi alma te pierdes!
¡lágrima de la albada, lucero que te quedas
temblando, en la colina, sobre los campos verdes!

X

¡Infancia! campo verde, campanario, palmera,
mirador de colores! sol, vaga mariposa
que colgabas, a la tarde de primavera,
sobre el cénit azul una caricia rosa!

Jardín cerrado, en el que un pájaro cantaba
por el verdor teñido de melodiosos oros!
brisa suave y fresca, en donde me llegaba
la música lejana de la plaza de toros!

...Antes de la amargura sin nombre del fracaso
que engalanó de luto mi corazón doliente,
ruiseñor negro, amé, en la tarde de raso,
el silencio de todos o la voz de la fuente...

XI

Triste ilusión de amores veraniegos, amores
de casa en sombra y de abanico y de pereza!
...ronda quieta y pesada de humedad y de flores,
lascivia enrojada de carnes sin tristeza...

Es un olor a traje fresco, a tres de la tarde,
a viento de marea, a llanto de piano,
a vísperas, a jazmín blanco, a calle que arde,
a bastidor, a grillo equivocado, a mano...

Laxitud de mujeres — blancas apariciones—,
ojos que se deshacen en llama de deseos,
ascuas en vez de bocas, soñolientas canciones,
proyectos de colores en vanos balanceos...

...Has existido, amor de bruma y de ideales,
de estancia malva con espejos encantados,
amor con llama rosa, con lluvia en los cristales
y con romanticismo de parques deshojados?

XII

*Un viento nocturno mece verdores
agrios y hortensias iluminadas.*

Entre estos brillos verdes, bajo el azul nocturno,
y al errar de la brisa perfumada y serena,
esas músicas tristes me ponen taciturno
por la inutilidad errante de mi pena.

Oh, una mujer fragante, que sus palacios abra
para mí solamente, y que ría y que llore,
que no ponga la vida en letra ni en palabra,
que no tenga talento, pero que me enamore!

Quién será el que te halle en sus brazos, mimosa
doliente del jardín y luz del aposento,
carne disparatada y romántica, rosa
que vienes con la música y te vas con el viento!

XIII

Ni me encanta el arroyo de cristal, ni me llama
el áureo mar lejano, ni el cielo azul me alegra...
mis ojos están fijos bajo el sol que derrama
sobre el campo amarillo mi errante sombra negra.

La frondosa verdura me invita lujuriosa,
la roca roja y agria me habla de fortaleza,
más mi frente se cae como una hoja de rosa
y en mis manos de seda se dobla mi tristeza.

Oh, sol de ocaso que haces tibio el campo y sonoro,
éntrate por mi sangre y hazme áspero y fuerte;
que mi cuerpo, encendido en tu llama de oro,
sea escudo que embote la lanza de la muerte!

XIV

... ..
... ..
... ..
... ..

*Letra de petenera sin sentido que
yo oigo en una música vacía.*

Petenera de sangre, que lloras bajo un cielo
menos azul que el tuyo, petenera de España,
qué estás contando, loca, con ese desconsuelo,
a la orilla de un río, en una tierra extraña?

Por qué sufres así, con tu voz de mujeres
morenas, si entre todos los que te están soñando,
nadie sabe lo amarga y lo negra que eres,
petenera que vas a matarme, llorando!

No llores sin un río conocido y sereno,
sin el besar del sur, que da a las pobres bocas
una fragancia cálida, un amor fuerte, lleno
de la sensualidad de tus mujeres locas...

La tarde va cayendo... Más allá de las flores
del jardín, por el oro de la verde ribera,
el organillo abre su caja de colores
y clava en el ocaso su triste petenera...

XV

Acabas de salir de tu alcoba... Yo he entrado.
Está desarreglada, deshojada, marchita...
sobre una silla de oro, el corsé perfumado
que llevabas la tarde de la última cita...

En el sofá—¡oh, recuerdos!—la magia de tu
[enagua,
tu huella en el desorden fragante de tu lecho,
¡ah!, y en la palangana de plata, sobre el agua,
una rosa amarilla que perfumó tu pecho!

Y un olor de imposible, de placer no extinguido
y saciado, ese más que tiene la belleza,
laberinto sin clave, sin fin y sin sentido,
que nace con locura y muere con tristeza!

XVI

Grito del pavo al crepúsculo verde!
y tú, Venus de plata, estrella humedecida!
...ráfaga sensual y triste, que se pierde
en los recodos polvorientos de mi vida!

Oh, brisa en el crepúsculo! oh, ponientes de Es-
honda suntuosidad de cielos orientales! [pañá!
olor nocturno y suave de mujer que se baña,
de rosas al revés en morados cristales...

Mi pensamiento es como flor melodiosa
en un frescor crepuscular de agua corriente...
para la boca seca quién tuviera una rosa!
para la mano áspera quién hallara una fuente!

XVII

Tras el muro sombrío se inflama la pradera,
ríe el sol en el verde infantil del retoño...
lumínosa, elegíaca ilusión de primavera
en esta tarde azul de principios de otoño!

Por un parque reciente sueñan voces de niños,
un dolor mitigado mira huir la corriente,
bajo las sombras verdes se encantan los cariños
a la música vaga de la brisa y la fuente...

Hay detrás de los libros una pasión de cosas
crepusculares, son amables las heridas,
y un volar de colores se exhala de las rosas
abiertas por el sol en las hojas caídas...

XVIII

El sol, de un oro triste, nacía entre los pinos,
florido como un sol mágico de la infancia...
encendía las ramas, rosaba los molinos,
hacía dulce el agua y tibia la fragancia...

Atrás quedaba el pueblo, dormido; dentro, ella,
perdida en el confuso verdor de sus jardines,
pura aun de niñez, como caída estrella
con olor de violetas y frescor de jazmines...

Tristeza adolescente, ya con lágrimas! cuánto
dolor desde la aurora de los primeros días!
agua de las nostalgias, oh, manantial de llanto
siempre escondido entre las verdes alegrías!

...El sol, de un oro triste, nacía entre los pinos,
florido como un sol mágico de la infancia...
encendía las ramas, doraba los molinos,
hacía tibia el agua y dulce la fragancia...

XIX

El aroma decora de una lumbre de oro
y de fragancia el nombre de la tumba cerrada
y, en el cielo de marzo, hiere un cálido coro
de pájaros en celo la soledad callada...

Brilla el río... campanas... pasa un tren a lo
[lejos...
y mi vida insegura se reclina en la piedra,
sola con su dolor entre estos muros viejos
donde toman el sol el lagarto y la hiedra...

Oh, mi sangre! oh, geranios! Quién pudiera,
[armonía,
no morir nunca... ni vivir!

El aire trae
un gritar de la vida; la penumbra se enfría;
el aroma se queda sin sol... La tarde cae...

XX

Organillo con sol, agria pradera, vino,
cómo le alborotáis las alas a mis penas!
maldita voz que me echas al polvo del camino,
a mí, que soy un ramo doliente de azucenas!

Mi corazón cansado, melodioso y cobarde,
se asusta y llora, como un niño, en la alegría;
no es el verdor con gritos de esta encendida tarde
el ornamento propio de su melancolía.

Luz suave que llegas, llévame...—adónde?, adónde!
o tú, orilla del río, condúceme al acaso...
hombre puro y sin tacha, a mi alma corresponde
ese violeta triste y esa paz del ocaso.

XXI

Iré, blanco, en la caja de negro terciopelo,
—una equívoca tarde de cielo azul y brillo
de elegía —, podrido bajo el cristal del cielo,
a una música triste de metal amarillo...

Saldré al sol de los campos por la verde calleja,
y la serena brisa de la ciudad doliente
recogerá tan sólo, en una plaza vieja,
el chillar de unos pájaros y el bullir de una fuente.

Después vendrán los niños... Y el cristal pensativo
reflejará un ocaso de claridades bellas,
y surgirá, al crepúsculo, un mundo limpio y vivo
bajo el temblor de plata de las blancas estrellas...

XXII

Echado en la baranda de la terraza, miro
caer la tarde triste sobre la obscura fronda...
el ocaso se abre lo mismo que un suspiro...
el recuerdo es confuso y la nostalgia es honda.

Bandadas de mujeres desnudas van dejando
olor' a sexo de alma por el aire violeta...
un agua oculta cuenta, soñando y sollozando,
misterio de un placer que no tendrás, poeta!

Lenta obsesión de muerte de locuras se obstina
en arañar el alma desde el poniente abierto...
pero la luz de oro da sobre la ruina
de una carne que guarda un corazón de muerto...

XXIII

El cielo iluminado sobre el campo sombrío!
oh, qué amarga nostalgia de incomprensibles cosas!
arriba, tibio todo; abajo, todo frío;
qué claras las estrellas y qué opacas las rosas!

Y, en la penumbra, tú y yo, como dos vanas
sombras, por el mojado crepúsculo de invierno,
queriendo hacer inmensas dos pasiones malsanas
tan distantes de todo lo divino y lo eterno!

Dormía el mundo... perduraba en el poniente
una cárdena herida... Y era la noche una
confusión misteriosa, sensual y doliente,
idealizada por el oro de la luna...

XXIV

Corazón, por qué sueñas, entre el oro poniente,
junto a la fuente azul y verde de rosales,
con esa caravana de tardo andar, doliente
caravana de líricos pasados patriarcales?

Por qué tu pena es ésta, por qué anhelas, llorando,
junto al agua de hoy, junto a las nuevas rosas,
si de las caravanas no queda nada, cuando
los horizontes borran las almas y las cosas!

Ocasos amarillos, dónde están las lejanas
mujeres, con las ánforas en las cabezas bellas?
dónde están, horizontes, esas samaritanas
floridas como soles, dolientes como estrellas!

Oh, rojo sol de líricos pasados patriarcales!
errante caravana de andar tardo y sonoro!
mi corazón no quiere su fuente y sus rosales
esta histórica tarde de poniente de oro!

XXV

La golondrina canta.—El poeta está muerto...—
Oh, qué dulzura tiene el viento vespertino!
Parece que una inmensa flor azul ha entreabierto
su cáliz que perfuma lo eterno y lo divino.

—El poeta está muerto...—La golondrina canta.
Una hora de estrellas vendrá sobre esta hora...
Mañana, mientras ella, cantando, se levanta,
sobre la tumba fría florecerá la aurora.

XXVI

Aún, esta noche, yerra por mi barba de oro
el perfume suave de su carne de encanto...
el cielo estaba gris... y yo besé el tesoro
de su emoción y de su amor y de su llanto.

Primavera doliente que te vas—cómo! adónde?—
en un derrumbamiento de gracia matutina!
se mustiará la boca romántica, que esconde
en su sangre la esencia de la flora divina!

Y tu jardín, oh, pobre poeta! será un triste
parque oxidado y turbio, sin más flor que su calma,
y pasarás y nada vendrá, de lo que existe,
a poner una rosa o una boca en tu alma!

XXVII

*Soñaba con un camino misterioso,
donde el alma pudiera llevar al cuer-
po mientras la vida durara... —*

Esta senda florida de lilas y de acacias,
que yo soñé fragante y tibia en primavera,
es hoy, al paso negro de todas mis desgracias,
senda de olor a tierra y de flores de cera.

Toda aquella esperanza, y la ilusión de oro,
de estrellas y de lágrimas, alegre y vespertina,
fueron como un crepúsculo, y... primavera, lloro
porque mi carne, en ti, huele a cadaverina!

Y no podré ya nunca, en el bien de la tarde,
decir mis elegías al aire y al misterio;
el paso se me ha roto y va, lento y cobarde,
como por una senda que lleva a un cementerio...

XXVIII

En el sol melancólico—oh, tedio vespertino!—
flota el humo azulado que exhala la pereza
de estos hombres que fuman, que hablan, que beben
[vino,
que dan dolor de alma y dolor de cabeza.

Está de oro todo lo azul hacia occidente,
y, en la brisa de otoño que perfuma la plaza,
yerra la gran nostalgia llorosa de un poniente
que hizo sonoro un día y dorado la raza.

Y estos reformadores de patria y mundo, hacen
alarde de un orgullo que ignora y que no admira,
mientras yo voy sintiendo, frente al sol, que me
[nacén
dos grandes alas blancas al lado de la lira!

XXIX

... entrará una brisa fresca preguntando por mi alma.

Oh, la tarde después del entierro! La brisa de la tarde celeste! el sol, la estancia abierta, la esencia de jazmín, la doliente sonrisa del amor, enlutado tras la entornada puerta!

Todo suspenso, todo! la música de plata de los versos lunarios, la soñada lectura de los dos, el rosal, la cándida sonata del piano, la carne cerrada y sin ventura!

Sólo una palidez sobre un espectro, un lento olor de ausencia de alma, de extinguida realeza, una rosa caída y un poeta del viento cantando en el jardín sin nadie su tristeza!

XXX

Viejo coche que vas a llevarme...—di, adónde?—
por qué están tan alegres tus pobres cascabeles?
mi alma mustia y nublada de llanto, no responde
nada a tu barniz verde, nada a tus oropeles.

Por qué vienes así, tan bello y tan sonoro,
bajo la dulce sombra del sendero florido,
si este sol de la tarde no puede hacer de oro
el dolor de mis ojos violeta de olvido?

Pasarás la marisma, pasarás la realeza
del jardín y del río... y la lírica brisa
de la tarde de mayo, no traerá a mi tristeza
ni una palabra en flor, ni una nueva sonrisa...

Y tú vas a llevarme, mudo de pena, dentro
de ti, coche de pueblo, verde y con oropeles,
hacia una gran ciudad en la que nada encuentro,
...al son de tus floridos y alegres cascabeles!

XXXI

El aire riza el cielo cual un moiré celeste;
toda la claridad está en ocaso; flores
dulces doran la orilla del riachuelo agreste
que serpentea entre vespertinos verdores.

Ríe un pájaro errante; y son notas de oro
que ruedan a un jardín de ensueño y de armonía.
Cantada por las fuentes, la tarde es un tesoro
de salud, de frescura, de gracia y de alegría.

Mas no para el que tiene su corazón podrido,
como un viejo ataúd, en un nicho de llanto...
vientos negros le llegan del mundo del olvido,
le perfuman la tarde flores de camposanto.

XXXII

Mujer, abismo en flor, maldita seas! rosa
de filo, espada tierna, fontana de letargo;
con qué nos muerde, lirio, tu seda? cómo, diosa,
haces lo negro de oro y haces dulce lo amargo?

Yo iba cantando, un día, por la pradera de oro,
Dios azulaba el mundo y yo era alegre y fuerte;
tú estabas en la hierba, me abriste tu tesoro,
y yo caí en tus rosas y yo caí en la muerte!

Ay! cómo das la sombra entre tus labios rojos,
mujer, mármol de tumba, lodo abierto en abrazos?
tú que pones arriba el cielo de tus ojos,
mientras nos enloquece la tierra de tus brazos!

XXXIII

Mi vida está confusa, trastornada... no es mío
este disgusto amargo de la sombra y la fuente;
nace la primavera, son las rosas... el frío
está, sin duda, en el corazón y en la frente.

Hoy, aquella frescura de las aguas de plata
que me era amable y dulce en días ya lejanos,
hace temblar mi carne con una nieve ingrata
cuando acaricio el jardín doble con mis manos...

Y el sereno paisaje crepuscular me obliga
a volver al hogar, pálido y con temores,
al tornar a la tierra aquella tarde amiga
que vió mi alegre paso por las sendas de flores!

XXXIV

Hombres en flor — corbatas variadas, primores de domingo —: mi alma qué es ante vuestro traje? Jueces de paz, peritos agrícolas, doctores, perdonad a este humilde ruiseñor del paisaje.

Yo no quisiera nunca molestaros, cantando... ved: este ramo blanco de rosas del ensueño puede hacer una música melancólica, cuando sonreís con los labios; pero yo no os desdeño.

Qué es mi voz ante vuestra decorada levita? vale, acaso, la pena una triste sonata de achicar las orejas, o una estrella marchita que volara, qué es para vuestra corbata?

Y tú, ruiseñor mío, endulza tu tristeza, enciérrate en tu selva, florécete y olvida; sé igual que un muerto, y dile, llorando a la belleza que ha sido como un huérfano en medio de la vida!

Fin de "ELEGÍAS LAMENTABLES"

SONETOS

I

AL SONETO DE MI ALMA

Como en el ala el infinito vuelo,
cual en la flor está la esencia errante,
lo mismo que en la llama el caminante
fulgor, y en el azul el solo cielo;

como en la melodía está el consuelo,
y el frescos en el chorro, penetrante,
y la riqueza noble en el diamante,
así en mi carne está el total anhelo.

En tí, soneto, forma, esta ansia pura
copia, como en un agua remansada,
todas sus inmortales maravillas.

La claridad sin fin de su hermosura
es, cual cielo de fuente, ilimitada
en la limitación de tus orillas.

II

PRIMAVERA

Abril, sin tu asistencia clara, fuera
invierno de caídos esplendores;
mas aunque abril no te abra a ti sus flores,
tú siempre exaltarás la primavera.

Eres la primavera verdadera;
rosa de los caminos interiores,
brisa de los secretos corredores,
lumbre de la recóndita ladera.

¡Qué paz, cuando en la tarde misteriosa,
abrazados los dos, sea tu risa
el surtidor de nuestra sola fuente!

Mi corazón recogerá tu rosa,
sobre mis ojos se echará tu brisa,
tu luz se dormirá sobre mi frente...

III

Mientras la última luz de la esperanza
alumbra débilmente mi camino,
yo iré, sonriendo y fiel, a mi destino,
contento, como un niño, de la andanza.

¡Ay, que vivir de bienaventuranza
la de un amor guardado, este divino
fuego que un día se regala, fino,
en una primavera sin mudanza!

Mas si me quitas tú esa luz, oscuro
quedará mi existir, y astrosas nieblas
decorarán mi corazón, que escombra
el sol.

Me olvidaré del cielo puro,
llegaré a ver la luz de las tinieblas,
y haré lo que se hace entre la sombra.

IV

MURO CON ROSA

Sin ti, ¿qué seré yo? Tapia sin rosa,
¿qué es a la primavera? Ardiente, duro .
amor; araiga, firme, en este muro
de mi carne comida y ruinosa!

Nutriré tu fragancia misteriosa
con el raudal de mi recuerdo oscuro,
y mi última sangre será el puro
primer color de tu ascensión gloriosa.

¡Sí, ven a mí, agarra y desordena
la profusión ingenua de tus ramas
por la negra oquedad de mis dolores!

¡Y que al citarme abril, en la cadena
me encuentre preso de tus verdes llamas,
todo cubierto de tus frescas flores!

V

OJOS CELESTES

Yo creí que el color azul del cielo
bajaba, a veces, a la tierra oscura,
y tras de él, en cazas de dulzura,
corrió, de flor en flor, mi desconsuelo.

Casi lo tuvo mi ardoroso anhelo
un día, ¡clara mariposa pura!
... Pero la mariposa era la dura
sombra de un delirar de mi desvelo.

Ojos celestes; como el cielo, estáis
encima de la tierra, — doble rosa
que oculta un hondo fondo vespertino—.

¡Como el cielo también, nunca bajáis
a la miseria de la carne umbrosa
en que se pierde mi anhelar divino!

VI

GUARDIA DE AMOR

Pongo mi voluntad, en su armadura
de dolor, de trabajo y de pureza,
a cada puerta de la fortaleza
porque sueles entrar en mi amargura.

Mensajes de deleite y de ternura
 escucho en torno, en la delicadeza
 del verde campo en flor... — ¡Ya mi tristeza
 va a sucumbir, de nuevo, a tu locura!...—

Para no oírte, muevo mis esposas,
 y golpeo el escudo con la espada,
 de mi pasión, a un tiempo, esclavo y dueño.

Mas el dormir me ata con tus rosas,
 y tú te entras, cruel y desvelada,
 por la puerta vendida de mi sueño.

VII

OCASO

En una procesión de resplandores,
 se fué por mi poniente el claro día,
 y dejó vana y sola el alma mía,
 como un campo en domingo.

¡Canta flores,
 suma ardiente de olores de colores,
 que, en un apasionado mediodía,
 érais la paz, la gracia y la alegría;
 ¡qué umbríos, ahora, son vuestros olores!

Se me cayó por tierra el rico manto
 que mis hombros, un día, sostuvieron,
 recios y altivos bajo la realeza...

Cansado y pobre, mi oro fué mi llanto,
 y mis hombros desnudos no pudieron
 con la debilidad de mi tristeza.

VIII

NADA

A tu abandono opongo la elevada
torre de mi divino pensamiento;
subido a ella, el corazón sangriento
verá la mar, por él empurpurada.

Fabricaré en mi sombra la alborada,
mi lira guardaré del vano viento,
buscaré en mis entrañas mi sustento...
Mas ¡hay! ¿y si esta paz no fuera nada?

¡Nada, sí, nada, nada!... — O que cayera
mi corazón al agua, y de este modo
fuese el mundo un castillo hueco y frío...—

Que tú eres tú, la humana primavera,
la tierra, el aire, el agua, el fuego, ¡todo!,
... ¡y soy yo solo el pensamiento mío!



LOS POETAS

SE PUBLICAN DOS TOMOS CADA MES

OBRAS PUBLICADAS

Vol. 1. Poesías completas, de Diego Fernández Espiro. — Vol. 2. Elegías, de Eduardo Marquina. — Vol. 3. El canto errante, de Rubén Darío. — Vol. 4. La vejez del Padre Eterno, de Guerra Junqueiro. — Vol. 5. Antología de versos para niños, selección de Gustavo Riccio. — Vol. 6. Poesías completas, de José Asunción Silva. — Vol. 7. Triunfos nuevos, de Alberto Ghirardo. — Vol. 8. Serenidad, de Amado Nervo. — Vol. 9. Nuevas Rimas, de Josué Carducci. — Vol. 10. Las fuentes del camino, de José de Maturana. — Vol. 11. Poemas póstumos, de Juan Pedro Calou. — Vol. 12. Viaje sentimental, por Francisco Villaspesa. — Vol. 13. La Buena Canción, por Paul Verlaine. — Vol. 14. Las Lunas de Oro, por Julio Herrera y Reissig. — Vol. 15. Canciones y Poemas, por Mario Bravo. — Vol. 16. Los ojos de los fantasmas, por Emilio Carrere. — Vol. 17. Poesías completas, por Jorge Isaacs. — Vol. 18. Póstuma, por Stechetti. — Vol. 19. Poesías selectas, por Almafuerte. — Vol. 20. Nuevos Castellanos, por J. M. Gabriel y Galán. — Vol. 21. Misa de Réquiem y otras poesías, de Alfredo R. Bufano. — Vol. 22. Poesías completas, de Edgard Allan Poe. — Vol. 23. Las flores del mal, por Carlos Baudelaire. — Vol. 24. Poesías, de Enrique Heine. — Vol. 25. Selección de poesías, de J. de Espronceda. — Vol. 26. Paja Brava, por El Viejo Pancho. — Vol. 27. Caprichos, por Manuel Machado. — Vol. 28. Poesías líricas, por Gabriel D'Annunzio. — Vol. 29. Agua del tiempo, por Fernán Silva Valdés. — Vol. 30. Poesías, por Víctor Hugo. — Vol. 31. Las Angustias y otros poemas, por Rafael de Diego. — Vol. 32. Rimas, por Gustavo Adolfo Becquer. — Vol. 33. Poesías Líricas, por Juan Wolfgang Goethe. — Vol. 34. Alma América, por Santos Chocano. — Vol. 35. Poesías selectas, por Lord Byron. — Vol. 36. Versos Libres, por José Martí. — Vol. 37. Poesías completas, por Gervasio Méndez. — Vol. 38. Poesías, por Alfredo de Musset. — Vol. 39. Poesías escogidas, por José Mármol. — Vol. 40. Poesías y poemas cortos, por G. Núñez de Arce. — Vol. 41. De mí Villorrio y Posturas difíciles, por Luis C. López. — Vol. 42. Versos del Quijote, de Cervantes. — Vol. 43. Selección de Poesías, de Gabriela Mistral. — Vol. 44. Poesías, de Dante Alighieri. — Vol. 45. Armonías, de Ricardo Palma. — Vol. 46. Cantos Augurales, de Armando Vasseur. — Vol. 47. Sonetos, de Shakespeare. — Vol. 48. Antología, de Luis G. Urbina. — Vol. 49. La Cautiva, de Esteban Echeverría.

Volúmenes 2, 3, 4, 8 y 10, agotados.



DIRECCION POSTAL:
CASILLA DE CORREO 736
Buenos Aires



PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6619
I4E4

Jiménez, Juan Ramón
Elegías puras y lamentables

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 06 03 03 003 8